

MISCELÁNEA

EL REGRESO DE ANGEL SAAVEDRA DE SU DESTIERRO EN 1834

Entre los libros significativos de viajes por España de principios del siglo XIX figura el titulado *Spain Revisited, by the Author of A Year in Spain, 2 vols.*, London, Richard Bentley, 1836, un ejemplar del cual ha llegado recientemente a mi poder. Como el título da a entender, su autor ya había escrito sobre España; el libro anterior, *A Year in Spain, by a Young American, 2 vols.*, tuvo su primera edición en Boston en 1829 y luego fue reeditado en Londres, por John Murray, en 1831, El autor era el oficial de la marina norteamericana comandante Alexander Slidell MacKenzie, y sus dos libros obtuvieron una buena acogida, ya que *Spain Revisited* alcanzaba su tercera edición en 1847 y *A Year in Spain* su quinta en 1857¹.

Spain Revisited describe un viaje a España que se realizó en 1834, o sea siete años después de la primera estancia del autor en España. Slidell MacKenzie salió de Bayona el 10 de enero de 1834, sin respetar la Real Orden de Fernando VII (fecha da el 26 de julio de 1832), que él se jacta de reproducir al final del primer volumen, y por la cual se le prohibía la entrada en territorio español. Gracias a la confusión reinante en la frontera en los comienzos de la guerra carlista, pudo pasar subrepticamente, acompañado de un mulero, prosiguiendo por el valle de Baztán y Pamplona, hasta Zaragoza, donde llegó el domingo 18 de enero. Durante la cena en «the royal Parador of the diligences» (I, pág. 133), conoció a

¹ Los dos libros publicados por Harper, Nueva York. Véase A. FARINELLI: *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX*, Florencia, 1944, III, págs. 217-18 y pág. 253; R. ALTAMIRA: *Libros de viajes norteamericanos referentes a España. De historia y arte (estudios críticos)*, 1898, da una descripción detallada del primer libro, pero se refiere sólo de paso a *Spain revisited*.

otros viajeros venidos de Barcelona por la mañana, con quienes seguiría el viaje a Madrid.

Se levantaron todos a las dos de la madrugada del día siguiente, y en el parador —donde a las once tomaron el *almuerzo-comida*— MacKenzie tuvo la primera ocasión de observar a sus compañeros de viaje. Entre la variedad de quince pasajeros adultos² había «a very distinguished member of the Cortes, whose name had been included in the last amnesty, and who was returning to his native country and the endearments of family, wife and children, after an absence of more than ten years» (páginas 148-49). Este caballero anónimo es, sin duda alguna, de acuerdo con la fecha del viaje y las circunstancias de su vida que se narran en el libro, Angel Saavedra, más tarde Duque de Rivas, quien, como se sabe³, había cruzado la frontera de La Junquera el 9 de enero y jurado fidelidad a la Reina niña el día 11, en Figueras, partiendo luego para Madrid vía Barcelona.

A pesar de la amenidad que una de las *doncellas* prestaba al viaje, y de lo fácilmente que se rendía el joven norteamericano al encanto de las españolas, Mackenzie dedica una gran atención a Rivas, cuya personalidad evidentemente le impresionó. Subraya la soltura y la dignidad con que se desenvuelve un grupo de señores y criados compartiendo la misma mesa, destacando entre ellos la figura del futuro duque.

That ladies belonging to the high aristocracy of Spain, of a nobility often so ancient that it is lost in the obscurity of remote ages, should be seated at the same board and served from the same dish with their own servants; and that the brother of a duke, for such was the individual now returning from his long exile, should, in dispensing a portion of the repast, attend, with equal courtesy, to the wants of the one and the other, may astonish my republican readers at home, and shock their sentiments of exclusiveness (págs. 149-150).

Este simpático rasgo de la sociedad española ya había sido comentado con frecuencia por viajeros extranjeros del siglo XVIII⁴.

² La compañía constaba del conductor o guía catalán, el escopetero granadino, tres damas de alta calidad con sus doncellas, el director de las fábricas reales de tabaco de Barcelona, con su esposa y varios hijos, otra dama, un renombrado arquitecto y un mercader vizcaíno, aparte de Saavedra y Mackenzie.

³ Véase GABRIEL BOUSSAGOL: *Angel de Saavedra, duc de Rivas. Sa vie, son oeuvre poétique*, Toulouse, 1926, pág. 53; *Duque de Rivas. Obras completas*, BAE, 1957, I, prólogo de JORGE CAMPOS, pág. xlii; E. ALLISON PEERS: *Angel de Saavedra, Duque de Rivas: A critical study*, Nueva York-París, 1923, pág. 68, da equivocadamente el 1.º de enero como la fecha de la entrada de Saavedra en España.

⁴ Véase, por ejemplo, mi *Antonio Ponz y los viajeros extranjeros de su tiempo*, RVF, 1955-58, V, págs. 63-89, sobre todo lo referente a Dalrymple (83).

De las dos paradas que se hicieron para pernoctar, la primera tuvo lugar algo más allá de Calatayud, en un «isolated inn, erected expressly to be the stopping-place of the diligence» (pág. 153). Los viajeros se acomodaron bien, y lo que más le gustó a nuestro norteamericano fue la conversación de la cena, que, de acuerdo con las circunstancias, trató sobre todo de política. Descubrió que todo el grupo, con la sola excepción quizá de la doncellita que tanto le atraía, eran liberales y especulaba sobre cómo «the privileged classes, elsewhere opposed to change, are so generally favourable to revolution in Spain, while all the peasants are conservatives» (pág. 154).

Pero lo que nos interesa a nosotros es el papel que Angel Saavedra desempeñó en estas charlas de sobremesa y la descripción que da de su propio destierro :

The burden of the conversation, during our meal, was sustained chiefly by our exile. He was a man of genius, whose speeches had been characterized by great eloquence in the Cortes, and who was not without reputation as a poet. I dwelt with pleasure on his words, and, by the force of sympathy, participated in the delight with which he was returning to his native land. He found every thing improved by ten years of absence. We were travelling in a diligence better than any he had seen in France ; and such an inn as that of which we were then enjoying the hospitality, and such supper as we had just eaten, he had never before seen in his own country. The face of things seemed to him every where improved ; and indeed, he was prepared to look on every thing with a favouring eye, as he recounted the days of his exile. In England alone had he been hospitably received ; in liberal France he found himself scarcely tolerated ; watched, annoyed about his passport, and pestered by the police, he had been glad to escape ; in the Austrian dominions his condition became worse : he had entered the pope's territories on the faith of a passport made from a nuncio, and was rudely imprisoned, and conducted by soldiers to the frontier—nothing but the memory of his wife here saved him from the crime of suicide ; in Sicily he was still persecuted ; and it was only in Malta that he again found protection and friendship under the British flag. The memory of these wrongs and this kindness seemed to dwell in his bosom with Spanish constancy. His wife had joined him in Malta, and they passed several years together there, until two years before, when she had returned to watch the progress of events and sue for his pardon, and was now awaiting his return, in company with a mother, from whom he had been so much longer separated (págs. 155-56).

Slidell Mackenzie ha narrado con notable fidelidad los principales hechos del destierro de Rivas, tal como surgieron en una conversación espontánea. La actitud de Saavedra respecto a los países en que pasó su

exilio concuerda con otras informaciones⁵, y este pasaje confirma la profunda y dolorosa huella que su accidentado destierro había dejado en el poeta. Mackenzie ha testificado de manera especial la desesperación que sufrió el expatriado al ser expulsado atropelladamente de los dominios pontificios en 1825, sintiéndose entonces al borde del suicidio. La esposa de Saavedra había vuelto a España tras la primera amnistía, menos de un año —no dos años— antes⁶, aunque esta pequeña discordancia es insignificante. Especialmente digna de notarse es la mejoría que, en el relato de Mackenzie, el duque percibe en las cosas de España: no es común que un desterrado esté dispuesto a reconocer que la misma tiranía que le ha mantenido alejado de su patria por más de diez años haya también realizado una labor positiva. Este inesperado sentimiento de simpatía, que uno pensaría que no concuerda con la realidad, es, como Mackenzie sugiere, signo de la angustia sufrida durante su destierro, y tal vez al mismo tiempo un anticipo, por su falta de sentido crítico, de la evolución hacia una actitud más tradicionalista y conservadora que en seguida había de adoptar.

Según se ve, uno de los principales temas de la discusión de la noche se inició cuando Mackenzie sugirió algunas dudas sobre la estabilidad o moderación del nuevo régimen liberal.

This brought down the ire of the whole party, who attacked me tooth and nail for advocating a despotic government in other countries, while I was myself the citizen of a republic... No one would agree with me in opinion, and, indeed, it would have been hardly fair to look for assent to such a proposition from an individual, who, from honest motives, had taken the lead in the previous revolution, and who owed the removal of the interdict, under which he had so long languished in banishment, to a return of his party to power. The freedom with which we were now discussing the matter was, at all events, an argument in favour of the new system; and, when I afterward saw the individual in question in the bosom of his family, I could not but deprecate a catastrophe which would again reduce him to the condition of a houseless wanderer. He seemed, however, in a subsequent conversation, to dream of the possibility of such a result, as he already spoke of the new place of his exile, and his determination to go to the United States, when the day of the second emigration should arrive (págs. 156-58).

⁵ BOUSSAGOL: *op. cit.*, págs. 38-53; PEERS: *op. cit.*, págs. 49-68; MARGARET WILLIAMS: *Angel de Saavedra's Dealings with the French Government, 1830-33*, BHS, 1960, XXXVII, págs. 106-14.

⁶ Se promulgó la amnistía el 7 de febrero de 1833. Véase BOUSSAGOL: *op. cit.*, página 53.

Los recelos de Rivas por otro posible destierro, de hecho, presagian una natural incertidumbre sobre los acontecimientos políticos que se avecinaban. El hecho es, sin embargo, que en su segunda expatriación de doce meses, en 1836-1837, se fue a Lisboa y a Gibraltar y no a los Estados Unidos.

La noche siguiente la pasaron en Guadalajara, y allí nuestro viajero constata que :

A number of persons came to pay their court to our fellow-traveller, the returning exile. It seems that his family possessed a palace and garden in the outskirts of the town, and the intendant, the farmer, and other officers, having heard of his arrival, now came to pay their respects and offer their services. I was pleased with the exhibition of interest and attachment on the part of the dependents, and with the kindness with which they were received. As one recollection and association recalled another, question after question was asked, as to the fate of individuals, as to the condition of the grounds, or of particular trees and arbours, which were endeared by the memory of youthful and happy hours spent beneath their shade. During this whole journey I enjoyed, indeed, no trifling pleasure from the intercourse of this intelligent gentleman, and from the peculiar excitement of feeling with which he was passing from one joy to another, to the climax of perfect happiness that awaited him the next day, in rushing into the presence of his family (págs. 160-61).

Cerca de Madrid, al día siguiente (21 de enero), el retorno del viajero es festejado por una magnífica escena que dista poco de las ocurridas en los cuentos de hadas.

At the inn of the Holy Ghost was drawn up a highly-gilded carriage, hung very low, and drawn by five gaily-decorated mules, while two Andalusians sat on the large wooden platform, planted, without the intervention of springs, upon the fore wheels, which served for a coach-box. As we came up, a gentleman thrust his head forth, to call upon us to halt, and to ask for a person whom he expected. It was an illustrious duke, the brother of our exile. They were soon locked in each other's arms; then they mounted together into the coach, and followed at full speed, talking with great earnestness and excitement. The duke, who was smoking, and who probably felt less, offered his brother a cigar, which being accepted, they puffed and talked away with rival earnestness. Presently came riding along, on a beautiful Arab, with Moorish harness, a cousin of the gentleman, another duke, not less celebrated for his descent from the man who fixed the epoch which shall for ever divide ancient from modern times, than for his own skill as a horseman and a matadore (*sic*). Here was another joyful recognition, done, however, on horseback, and without stopping; hands were shaken, and cigars lit, while the horseman scampered along as secure and fearless as a Zegri (págs. 162-63).

El duque en el carruaje era, claro está, Juan Remigio, segundo Duque de Rivas, que murió de neumonía cuatro meses más tarde, el 12 de mayo, dejando el título a Angel. El duque a caballo era seguramente don Diego de Colón, Duque de Veragua, un descendiente lejano de Cristóbal Colón.

Mientras la diligencia llega a la misma capital, Mackenzie hace sus últimas observaciones sobre el distinguido compañero de viaje:

We were now approaching the city, and the feelings of the exile, and of those whom he was about to meet, were approaching a climax of intense and painful interest. The noble horseman, now giving the spurs and rein to his impatient animal, disappeared like lightning in advance. He had probably gone to announce that there was no disappointment, that he was indeed coming, and that the lost was found. Presently I caught sight of him beside the door of a carriage; a liveried servant was letting down the steps, and a lady, somewhat advanced in age, descended in hurry and agitation, followed by the light and graceful figure of a female in the bloom of life. The exile was soon upon his feet; the pair flew into each other's arms, inspired by the magnetic and constraining influence of mutual love. Soon the parent claimed an embrace, on her part at least, as fervent; then the wife again, and the two were bound together by the parental arms (págs. 163-64).

Los comentarios de nuestro viajero anglosajón, tan comprensivos y ajustados teniendo en cuenta su encuentro puramente accidental con Saavedra, terminan aquí con algunas reflexiones poco profundas y harto sentimentales sobre la tierna escena que acababa de presenciar.

Contra lo que Boussagol da a entender en su biografía⁷, tanto la madre como la esposa de Saavedra estaban en Madrid para darle la bienvenida; solamente sus hijos tuvieron que esperar hasta que él fuera a Sevilla. Y será este segundo encuentro al que Francisco Pérez de Grandallana —un testigo presencial— se refiere en los versos que cita Boussagol⁸.

⁷ «Entre temps il se rend à Sévilla, où sa famille l'attend; son arrivée donne lieu aux scènes d'attendrissement qu'il est aisé d'imaginer», *op. cit.*, pág. 55.

⁸ En sus versos mediocres «De tu dicha testigo, / Testigo de tu llegada, / Te vi estrechar a tu seno / Caros pedazos del alma...», Grandallana parece referirse sólo a las emociones de los niños, lo que confirma implícitamente el hecho de que Saavedra ya se había reunido con su esposa. La poesía se publicó en la *Revista de ciencias, literatura y artes*, 1855, III, págs. 638-41.

No voy a decir que la narración de Slidell Mackenzie tenga un valor decisivo para la biografía del Duque de Rivas, pero sí que aclara algunas facetas de este momento crucial de su vida y ayuda a precisar la cronología de su vuelta a España. Revelando la reacción emotiva de Saavedra sobre su destierro y su regreso, y documentando la procesión triunfal de su entrada en Madrid (la cual, sin embargo, viene a subrayar su origen aristocrático más que sus principios liberales por los que fue expatriado), este oportunísimo relato de un testigo de vista proyecta cierta luz sobre la evolución de su actitud política, tan próxima a exteriorizarse.

GEOFFREY RIBBANS

⁹ Me es grato expresar mi agradecimiento a mi amigo Ramón Sumoy, que me ha ayudado en la traducción de este artículo.